

PINTURA

Arte

Feliz reencuentro

Ramiro Tapia. Años 50Galería Guillermo de Osma. Madrid. C/ Claudio Coello, 4
Desde 900 euros. Hasta el 20 de diciembre

UNA de las facultades del arte, una de las no menos importantes, reside en la posibilidad de crear universos. Mundos nuevos, inéditos, reflejo de la personalidad de cada artista, cuyas cualidades serán las que definan su particular topografía; tanto da si se parte de la referencia del natural como si no, si se pretende la objetividad más radical o la expresividad más subjetiva, pues en cualquier caso dimanan de la sensibilidad de aquél. Una línea que evoluciona sobre el soporte; un color que se modula o se funde con otro; varios que se articulan en su vecindad; un grafismo inesperado que sugiere una forma reconocible... todo un conjunto de elementos (infinitos, por indeterminados) que son los que configuran esos universos singulares a los que aludo, cuya verdad, determinada por su estricta entidad plástica, se dirige a ese sustrato del intelecto humano que se guía por la percepción. Así, las contingencias de carácter temporal de cualquier obra pueden quedar en un definitivo segundo plano.

Se presenta ahora en Madrid una selección de los trabajos realizados por Ramiro Tapia durante la década de los cincuenta. Y desde este momento quiero señalar que el interés de esta muestra va más allá de lo que supondría una mera revisión de su producción de aquellas fechas; empresa, por otra parte, de sobra justificada y loable en sus intenciones, dada la categoría del artista en cuestión. Bien es cierto que, como argumenta Javier Rubio Nombrot en el catálogo,



go, la experiencia artística en torno a la mitad del siglo XX resultó crucial para el arte español, ya que en ella se consumó el empeño iniciado en la posguerra de conectar nuevamente con los hallazgos de las vanguardias que denominamos históricas. Figuras como la de Kandinsky, Klee o Miró sirvieron de punto de partida e inspiración para un notable conjunto

de artistas que por entonces iniciaba su andadura. Algo que se puede comprobar perfectamente en los óleos, gouaches y dibujos de este primer Tapia de los cincuenta. Pero no nos confundamos: no estamos ante la obra de un epígono, de un seguidor fiel y programático de nadie, sino ante la de quien dichos referentes estimularon su propia creatividad. Si advertimos claras influencias de firmas concretas en algunos casos ello no va en demérito de la imaginación de su autor sino que facilita el aprecio de su originalidad mediante un simple ejercicio reflexivo; ejercicio que se agota ya en el primer vistazo, pues a partir de ahí entramos en el ámbito de una obra personal, de gran calidad y de una encomiable elegancia.

Plástica plagada de sugerencias

En un momento como el actual, en que numerosos artistas se afanan no sólo en no separar, sino incluso en confundir los límites de sus obras con los del mundo real resulta interesante reparar en la manera en la cual una plástica, por decirlo así, más autónoma es capaz de ofrecernos una visión del mundo plagada de sugerencias, rica en observaciones e intuiciones sobre cuanto nos rodea. Con ello no quiero reivindicar épicas ni estéticas pasadas, sino tan sólo plantear un alto en el camino; el suficiente como para tomar la debida distancia con respecto de nuestra actualidad, sin otro fin que el de sacudirnos un cierto ensimismamiento con respecto de las certezas, o tenidas por tales, de la hora presente. La coherencia de esta parte de la obra de Ramiro Tapia nos permite este lance.

Victor Zarza